

pueda sin la palabra adquirir conocimientos abstractos y universales en el orden de las cosas sensibles, y negarle igual virtud respecto de los conocimientos morales y religiosos. No: la razón humana está intrínsecamente dotada de una fuerza deductiva para elevarse de las cosas que conoce mediante algunos principios, al conocimiento de otras cosas: por eso, tan luego como ha adquirido conocimiento de las esencias de los seres sensibles, puede por vía discursiva elevarse al de los seres suprasensibles: de esta manera, por ejemplo, tan luego como la mente adquiere el concepto de lo finito, se eleva, mediante el principio de causalidad, al concepto y á la existencia de lo infinito, sin necesitar absolutamente para ello de la palabra. Sin duda la razón no puede alcanzar las verdades relativas á Dios y á sus divinos atributos, sino mediante estudio asiduo, prolijas meditaciones, hábito prolongado de colosales ejercicios de deducción lógica; y aun así y todo, es seguro que abandonada la razón á sí misma, no tocará esas verdades sin mezcla de errores, mucho más si se considera los obstáculos que le oponen las impresiones sensuales, los estímulos del instinto, las incesantes necesidades de la vida material: todo esto es cierto; pero no prueba otra cosa sino la impotencia de la razón para construir por sí sola un sistema completo de verdad en el orden metafísico y moral, no que la razón sea impotente para adquirir por sí sola conocimiento alguno en ese orden de verdades.

Aquí Bonnetty nos opone, que si el hombre pudiese con su sola razón descubrir verdades del orden metafísico y moral, podría crear á Dios, al espíritu y la ley moral. Pero este argumento se retuerce contra su mismo autor; porque, según él, la razón pura, es decir, independientemente de la palabra, puede conocer el mundo físico y sus leyes; y digo yo: pues si todo lo que la razón pura *descubre* lo *crea*, entonces, para ser consecuente á este principio, tiene Bonnetty que inferir que la razón pura *crea* el mundo físico y sus leyes. La verdad es que el conocer de la razón humana no se aplica sino al ser, y por consiguiente, que tiene que dar por supuestas la existencia y las leyes de lo que conoce: su oficio se halla limitado á conocer esta existencia y estas leyes: así el físico, por ejemplo, *descubre*, no *crea* las leyes de los *cuerpos* (1). Quien dice *conocimiento*, dice acción inmanente que completa y perfecciona al sugeto que conoce; y de aquí que el simple conocer no implique, ni pueda, en manera alguna, implicar creación del objeto conocido. No hay otra fuente original de la

(1) Cons. SAN AGUSTIN, *De libero arbitrio*, lib. II, c. VIII, n. 34.

verdad sino Dios; porque la verdad, en el orden de su existencia, se identifica con el ser, y Dios es fuente creadora de la realidad universal. La razón humana no es sino medio para alcanzar la verdad; *no la crea*, sino que solamente *la ve*, y por eso cabalmente, lejos de ser el conocimiento medida de la verdad, como debería serlo si él la crease, la verdad, por el contrario, es medida del conocimiento, pues en tanto un conocimiento se dice verdadero ó falso, en cuanto se conforma ó no á la realidad del objeto.

68. Hasta aquí hemos examinado en sí mismo el sistema: veamos ahora las razones en que se funda. Asentado por los *tradicionalistas* que el magisterio social es necesario nada menos que como ley psicológica para la vida del pensamiento, échanse luego á buscar en la razón y en la experiencia comprobaciones de esa supuesta ley. Como pruebas experimentales, ó séase de hecho, alegan dos: una, que cada hombre recibe junto con la palabra las ideas en el seno de la familia donde nace; y otra, que á los sordo-mudos y salvajes se les ha encontrado destituidos, cuando ménos, de todo concepto metafísico y moral, y que así han estado mientras la educación no ha suscitado en ellos la vida intelectual. Para consignar estos hechos, fundanse los tradicionalistas en los datos del presbítero Montaigne, á quien tienen por el observador más perspicaz de la condición anormal de los sordo-mudos (1). De esas alegaciones experimentales, tengo á la primera por inconducente para probar la necesidad de la palabra en orden al pensamiento. Que al niño le instruye y forma la sociedad, ciertamente es un hecho que no ha menester de prueba; pero no se trata de esto, sino de saber si antes de esa educación puede ó no tener el hombre conceptos intelectuales, ó cuando ménos, adquirir por su propia espontánea actividad alguna parte de ellos: *alguna parte* digo, porque no me parece verdadera la doctrina de ciertos racionalistas, para quienes el hombre puede alcanzar un uso pleno de la razón sin necesidad de educación social alguna (2); con esta doctrina no hago cuenta, porque es el extremo opuesto de los tradicionalistas, y de consiguiente, inútil á la presente investigación. La otra prueba que éstos alegan, tomada de la triste condición intelectual de los sordo-mudos, tampoco me parece valedera; pues si hemos de prestar fé á los más asiduos y perspicaces observadores acerca del particular, parece bien averiguado que los sordo-mudos, antes de

(1) *Recherches sur les connaissances intellectuelles des sourd-muets*, París, 1829.

(2) Cons. SAISSET, *Essai sur la philosophie au XIX siècle*, p. 307, París, 1845.

empezar á recibir educacion, poseen ya muchas ideas hasta del órden moral, como así lo ha demostrado Berthier (1) en pos de Degerando (2), y es hoy un hecho reconocido por cuantos se han dedicado á estudiar con diligencia y sagacidad á esos infelices séres (3). La razon, por otra parte, confirma estas observaciones; pues si, como lo dejamos probado, ni el pensamiento directo ni el reflejo han menester de signos para ejercerse, no hay motivo para que el sordo-mudo, sellado como lo está, en calidad de hombre igual á nosotros, con la luz de razon, no pueda conocer algunas verdades intelectuales y morales. Sin duda el niño sordo-mudo será más tardío en ejercer su razon que el que no padezca tal desgracia, pues cuando otro impedimento no tuviese, harto grave es ya el carecer de palabra, medio principal de los hombres para comunicarse sus ideas; pero esto no quita que antes de toda instruccion metódica se haya formado algunas nociones intelectuales y morales; y de hecho el testimonio reiterado de los más expertos é imparciales educadores de niños sordomudos dice, que cuando estos pobrecitos gozan de buena organizacion y tienen ya edad suficiente, adquieren, antes de que se les enseñe nada y con el mero ejercicio de su razon, algunas nociones, más ó ménos explícitas, del alma, de Dios, del deber y otras de la misma especie.

69. Junto con el ejemplo de los sordo-mudos, la escuela tradicionalista alega, no ménos confiada, el de algunos individuos, que criados en los bosques, lejos de todo humano trato y social comercio desde su más tierna infancia, no han dado muestra alguna de séres racionales: de aquí infieren los tradicionalistas, que sin palabra no es posible pensar. Para confirmar su alegacion, traen á cuento una docena escasa de historias recogidas en todo el curso de los siglos; pero á primera vista se descubre que de esas historias, unas son apócrifas y otras inconducentes para lo que quieren probar los tradicionalistas (4). Insisto en que basta la razon para demostrar que tampoco se puede con juicioso fundamento negar á esos salvajes incultos la posesion de ciertas ideas intelectuales y morales. En efecto, conforme á la ley psicológica que rige el ejercicio del humano pensamiento, el hombre, para conocer, no necesita sino que se le ponga delante obje-

(1) Véase su opúsculo *Sur l'opinion du Docteur Stuard, etc.*, París, 1852.

(2) *De l'éducation des sourd-muets*, París, 1827.

(3) Cons. CARTON, *Notice sur l'aveugle sourde-muette Anna Temmermans*, Gand, 1843; y BOUVET, *Démonstration des fondemens de la foi*, Malines, 1845.

(4) Cons. CHASTEL, *De la valeur de la raison humaine*, part. I, c. IV.

to inteligible en quien pueda emplear su virtud intelectiva; y por consiguiente, una vez admitido, como no se puede ménos, que la potencia intelectiva posee en sí una luz inteligible por quien ve la verdad, forzoso es pensar que tan luego como se le haga presente el objeto inteligible, ha de aprenderlo. Sabido es, además, que para que ante el alma se ponga primitivamente el objeto, no se necesita otra cosa sino la virtud abstractiva que idealmente le despoje de las condiciones materiales; y esto supuesto, ¿quién negará que el salvaje, hombre como nosotros, posea la luz inteligible, inherente á la naturaleza de todo sér inteligente, ni que mediante esa luz pueda descubrir directamente algunas verdades, y de ellas sacar otras fácilmente deducibles? No se trata de apreciar el grado en que esos hombres aislados del trato social puedan dilatar su razon, ni de examinar hasta qué punto sean *explícitas* sus nociones; trátase únicamente, y creo haberlo conseguido, de demostrar que en esos ejemplos no tiene por qué apoyarse la teoría del tradicionalismo (1).

70. Pues vamos ahora con sus pruebas racionales.—El hombre, dicen los tradicionalistas, en su actual condicion no puede pensar sin fantasmas: es así que el fantasma del pensamiento es la palabra; luego, sin la educacion social, que es el medio transmisivo de la palabra, no es posible pensar.—No necesito refutar este racionio, porque habiendo demostrado ya que la palabra, como signo expresivo del pensamiento, supone nocion preexistente de la cosa significada, dicho se está que en tanto puede servir de fantasma á la mente, en cuanto preexista el respectivo pensamiento.—Añaden los dichos filósofos, que si el hombre pudiese pensar sin palabra, podría inventar el lenguaje; pero que no pudiendo ser el lenguaje invencion humana, de aquí que sin palabra sea imposible pensar.—Este otro racionio se apoya, como se ve, en dos hipótesis: una, que la posibilidad de pensar sin palabra supone en el hombre poder para inventar el lenguaje; otra, que la invencion del lenguaje es imposible al hombre. Pues de estas hipótesis la primera es inconcluyente; porque cabe muy bien suponer que la razon pueda formar interiormente muchas nociones, y, sin embargo, no pueda por sí misma adivinar que la voz articulada es apta para emitir exteriormente los conceptos. Y al dejar negado con esto que la posibilidad de pensar sin palabra suponga necesariamente poder en el hombre para inventar el lenguaje, me considero eximido de examinar el segundo supuesto de que la invencion

(1) Cons. BRETON, *Disert. sur l'origine des idées*, p. 100, Louvain, 1842.

del lenguaje sea imposible al hombre. Me limitaré á decir, para combatir una preocupacion muy comun, primero, que esta es cuestion libre, y segundo, que el resolverla afirmativamente no es tan irracional y anticatólico como creen muchos (1).

(1) En una obra elemental como la presente, sería desproporcionado citar aquí la multitud de libros que tratan y resuelven de contrario modo esta cuestion importantísima sobre el *origen del lenguaje*. Sin embargo, con el único fin de demostrar que es, en efecto, cuestion abierta, y tambien por dar á los jóvenes, para quienes principalmente se escribe este libro, alguna solucion, me ha parecido oportuno trasladar literalmente lo que acerca del particular enseñan en sus respectivas obras elementales dos autores tan conocidos de la juventud estudiosa de España como nuestro ilustre BALMES y el insigne jesuita PADRE LIBERATORE.

Hé aquí la doctrina del primero:

«... El lenguaje no puede haber sido invencion humana. Si para el desarrollo de las facultades intelectuales y morales es necesaria la palabra, los hombres sin lenguaje no pudieron concebir y ejecutar uno de los inventos más admirables: y en este sentido dijo con verdad y agudeza un autor nada sospechoso á los incrédulos, Rousseau: *«Me parece que ha sido necesaria la palabra para inventar la palabra»*.

»Están acordes todos los filósofos en que el lenguaje es un medio de comunicacion tan asombroso, que su invencion honraría al genio más eminente: ¿y se quiere que sea debido á hombres que se levantarían muy poco sobre el nivel de los brutos? ¿Qué pensaríamos de quien dijese que la aplicacion del álgebra á la geometría, el cálculo infinitesimal, el sistema de Copérnico, el de la atraccion universal, las máquinas del vapor y otras cosas semejantes, son debidas á salvajes que ni siquiera sabían hablar? Pues no es ménos contrario á la razon y al buen sentido el error de los que atribuyen al hombre la invencion del lenguaje.

»De esta doctrina se sigue un corolario muy importante para aclarar la historia del linaje humano, y confirmar la verdad de nuestra santa Religion. Supuesto que el hombre no ha podido inventar el lenguaje, ha debido aprenderlo de otro; y como no es posible continuar hasta lo infinito, es preciso llegar á un hombre que lo ha recibido de un sér superior. Esto confirma lo que en el principio del Génesis nos enseña Moisés sobre la comunicacion que tuvieron nuestros primeros padres con Dios, de quien recibieron el espíritu y la palabra.— (*Curso de Filosofía Elemental, Metafísica*, c. XVII, § 229-230-231, Madrid, 1847.)

Hasta aquí BALMES, que, como se ve, resuelve el punto con una absoluta negativa. Añadiré, de paso, que lo mismo pensó DONOSO CORTÉS (Véase, entre otros pasajes, *Bosquejos histórico-filosóficos*, n. 7.º, *De la Sociedad y del lenguaje*, p. 412-413, *Obras*, t. III, Madrid, 1854).— Hé aquí ahora textual la solucion del P. LIBERATORE, que tengo por plenamente satisfactoria:

«Equidem sic existimo: ad absolutam possibilitatem quod attinet, hominem per se potuisse ex insita propensione et facultate loquendi, quam accepit, determinatum sensum vocibus quibusdam tribuere, et sic sponte sua efformare sermonem. Quid enim repugnasset ut homo rem sensibus occurrentem nutu

ARTÍCULO XIII.

Utilidad de la palabra en orden al pensamiento.

71. Dejamos demostrado que la palabra no es necesaria para el ejercicio del pensamiento directo ni para el reflejo. Pero ya que no es necesaria, ¿no es al ménos útil? Cuestion es esta tan diversa de aquella otra, como lo útil es de lo necesario.

72. Sí: la palabra es de grande utilidad al pensamiento, ora consideremos la inteligencia del hombre en sí misma, ora en su recíproca comunicacion social, es decir, en cuanto cada inteligencia manifiesta sus propios conceptos á otras, y recíprocamente los recibe de ellas. En cuanto á lo primero, el alma, como unida que está en su actual condicion al cuerpo, nada puede entender sin la mediacion de fantasmas, ó seáse de representaciones sensibles formadas en la imaginacion; pero bien que el fantasma sirva para poner á nuestro entendimiento en la vía de aprender su objeto primo inteligible, sin embargo, á causa de su tenacidad, de la variedad de formas que representa, y de la analogía misma que tiene con la idea del objeto, em-

aliquo commostraret aliis, atque ex innata vi loquendi sonum syllabis quibusdam distinctum proferret et ad commostratam rem significandam libere determinaret? Expressis autem rebus sensibilibus, ad insensibiles significandas gradatim pervenire impossibile sane non erat; cum ad has exprimendas nomina quedam ex rebus materialibus, propter analogiam, quam homo inter utrasque perspicit, transferri facile potuissent.

»At si non de absoluta et abstracta possibilitate, sed de facto loquimur, rem aliter contigisse certum est. Nam ex Sacris Litteris indubie colligimus elementa sermonis primo homini a Deo tributa esse, quantum saltem sufficeret ad domesticam societatem, in qua ille conditus est, retinendam. Cujus rei congruentia vel inde patet quod si ad divinam pertinuit providentiam opportuna scientia instruere protoparentem, hoc multo magis de usu sermonis dicendum sit, cujus longe major necessitas imminebat. An sapienter cogitari poterit totius generis humani parens et magister, qui quasi principium et fundamentum constituebatur futuræ societatis civilis et sacræ, sine actuali copia illorum mediorum, quæ ad munus hoc adimplendum tantopere requirebantur?

»Accedit, quod eruditorum vestigationes, qui de origine linguarum tractarunt, huc tandem concludendo deveniunt, ut omnes linguæ tamquam dialecti linguæ cujusdam primitivæ, quæ perierit, habendæ sint. At si sermo inventio esset humana, singulæ familiæ, quæ diversis populis originem dederunt, linguam sibi omnino propriam atque ab aliis radicitus discrepantem creavissent.— (*Institutiones philosophicæ, Log.*, pars. I, c. I, art. II, § 6, p. 29-30, t. I, ed. 8.ª, Romæ, 1855).— (*Nota del traductor.*)

barga no pocas veces nuestra especulacion, ora impidiéndonos remontarnos al puro orden ideal, ora distraiendo nuestra atencion, ó siendo causa, á poco que nos descuidemos, de que confundamos el fantasma con la idea. Si hay, pues, algun fantasma que no ofrezca estos inconvenientes, utilísimo tiene que ser á la vida del pensamiento. Y le hay, en efecto: es cabalmente el de la palabra, que por ser un simple sonido articulado, es el más leve y ménos tenaz de los fantasmas; es tambien el ménos posible de confundir con la idea, pues no hay inteligencia tan ruda que pueda identificar la voz exteriormente proferida con el verbo mental; y es, en fin, el más á propósito para concentrar la atencion por su uniformidad y constancia. Esta utilidad de la palabra en orden á la formacion de los conceptos primitivos, es mucho mayor respecto de los que se adquieren por medio del análisis y de la síntesis, pues nada sirve como la palabra para fijar á la mente en la relacion mútua de varios términos, y aprestarla para que, llegada á un punto dado de conocimiento, le exprese con breve fórmula, que emplee despues como instrumento para nuevas demostraciones. Las ciencias de cálculo, por ejemplo, serían imposibles sin el uso de la palabra.

73. Considerada luego como expresion del pensamiento, es la palabra, no ya solo una de las especies de signos con que los hombres pueden comunicarse en el trato social, sino el más perfecto de los signos, y como tal único apto para ser retrato fiel y expresion del pensamiento, que le reproduzca fácil, universal y distintamente. Sin duda en este punto puede la mímica hacer prodigios, aunque me parece un poco fuerte el antojo de Berthier, que la juzga más á propósito que la palabra misma, escrita ó hablada, para dar y recibir ideas intelectuales y morales; pero aun concedida semejante paradoja, no por eso dejaría la palabra de salir ventajosa como expresion del pensamiento, pues no parece probable que cada hombre pudiese adquirir la sagacidad y destreza de un consumado pantomimo, ni que la mímica hubiera llegado sin la palabra á la perfeccion que hoy tiene.

74. Por último, la palabra es el signo más idóneo para que reproduzcamos en nosotros el ajeno pensamiento y aprendamos lo que se nos enseñe; pues las mismas dotes de facilidad, universalidad y claridad que el signo de la palabra tiene para que comuniquemos á otros nuestros propios conceptos, esas mismas dotes sirven para que fácil, universal y distintamente aprendamos los conceptos que otros nos comuniquen. Por esto puede decirse que la palabra, oral ó escrita, es el canal por donde se nos trasmite la ciencia; la ciencia que, sea cual

fuere y á cualquier orden que pertenezca, es siempre fruto de estudios y tareas de largos siglos. ¿Ni cómo hubieran podido los sábios comunicar entre sí y perpetuar el patrimonio de sus laboriosas conquistas sin el medio de la palabra, primero hablada, y convertida luego en permanente por la escritura? ¿Cuán pobre no sería el caudal de los humanos conocimientos, si de las verdades que el hombre posee, descontara las que ha aprendido por medio del lenguaje?

FIN DEL TOMO PRIMERO.